



LA NUEVA FAJA

biky[®]
PLUMA

NO SE NOTA

LIGERA - FLEXIBLE - SEGURA

OTRA NOVEDAD **BIKY**:
BRAGA ELASTICA **BIKY**

GARANTIA DE

NERVA[®]

EL FINAL DE DIEM

Por **EDUARDO HARO TECLEN**

LA muerte atroz de Diem y de Nhu, después de ocho años de mando y esplendor en su ciudad de Saigón, se inscribe en una larga línea de acontecimientos históricos. Diem y Nhu han salido de la historia por el mismo camino trágico donde fueron Faisal del Irak y su tío Abdullilah, por donde se fue el turco Menderes, por donde, quizá, vaya el venezolano Marcos Pérez Jiménez, preso ahora en la patria que tiranizó. Por donde fue el feroz dominicano Trujillo. Son gajes del oficio. Del triste y siniestro oficio de tiranos a sueldo. Los Estados Unidos necesitaron crear un mundo que sirviese de muralla entre el comunismo y ellos. La Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado, los tres pilares de la política americana, creyeron entonces que este mundo intermedio debía ser implacable y duro. Cada uno de los países que deberían resistir al comunismo interior y exterior tenía que estar



Mientras en Saigón se liquidaba cruentamente el régimen de la familia Diem, la señora Nhu continuaba en Estados Unidos su largo viaje de propaganda por el mundo. ¿Qué destino espera ahora a esta bella mujer, a la que se consideraba el cerebro del clan trágicamente deshecho en unas horas?



El episodio de los bonzos que se quemaban vivos en señal de protesta ha sido una propaganda bastante más eficaz que la de la propia señora Nhu. Pero la causa principalísima de la caída de los Diem está, sin duda alguna, en la gran crisis de la guerra fría. Esta crisis, esta ola, les ha alcanzado de lleno.

asegurado por una dictadura. Se eligieron los hombres más broncos para ponerlos al frente de sus países: se les regó de dólares. Y de armas. A Foster Dulles, representante especial de aquella política, se le llamó, entonces, «viajante de cañones».

El problema principal de aquella política fue que, pronto, los pueblos así seleccionados por el dedo norteamericano llegaron al convencimiento de que nada de lo que pudiera sobrevenir iba a ser peor que lo que se les había impuesto. Las crueldades de un Batista, de un Menderes o de un Trujillo, excedían fácilmente y a la vista de todos, lo que la propaganda les presentaba como la única alternativa posible: el comunismo. Las revoluciones comenzaron a sucederse en las áreas vitales —y, realmente, todo el mundo era, y es aún, lo que se puede llamar un área vital—. Fácilmente, desde fuera, podría advertirse que Estados Unidos estaban siguiendo una política exterior errónea. Su equivocada selección de gobernantes de lo que llamaron el mundo libre era justamente la inversa y producía reacciones contrarias a las deseadas. Sus dólares se perdían en los infatigables bolsillos de los tiranos y sus familias; los pueblos morían, simplemente, de hambre y preferían la muerte activa del intento revolucionario; las cárceles se llenaban. Y los verdugos no se detenían. Los alfanjes cortaban cabezas en los países de Oriente Medio o de Asia, las piscinas de tiburones acababan con los revolucionarios del Caribe. Había una ceguera, quizá voluntaria, en los grandes hombres de la política americana y atribuían estas revoluciones a misteriosos agentes, a directrices moscovitas. Es innegable que el bloque contrario, el bloque comunista, debía explotar y explotaba estas circunstancias. Pero las revoluciones venían de los pueblos, y acababan con los tiranos. Cuando el Pacto de Bagdad se les hundió a los americanos en el mismo Bagdad, todo el Oriente Medio se tambaleó y, desde entonces, la influencia americana cayó para siempre en el mundo árabe.

La lección no se aprovechó. Tenía que llegar la crisis de Cuba, el gran susto americano de ver un país comunista o filocomunista a unas millas de sus costas, para que comprendieran. Fue entonces cuando los americanos comenzaron a sustituir el tipo del anticomunismo cruel por el anticomunismo de forma democrática. Cuando apuntaron ya contra Marcos Pérez Jiménez para sustituirlo por Betancourt, en Venezuela —y sin ningún resultado aparente—; cuando apuntaron contra Duvalier, en Haití. Al mismo tiempo, se producía la gran crisis de la guerra fría, que hacía aún más inútiles a los tiranos a sueldo, y las nuevas concepciones estratégicas norteamericanas.

Ha sido esta ola, esta crisis, la que ha alcanzado ahora al Presidente Diem, y le ha alcanzado de lleno. No hace más que dos años y, precisamente, se cumplen ahora, en el 11 de noviembre de 1960, los americanos —concretamente el teniente general Lionel Mac Garr— ayudaron a Diem a vencer un golpe de estado del ejército que trataba de derribarle. A muchos altos oficiales vietnamitas les costó la vida esta decisión americana. ¿Quién iba entonces a hacer creer a Diem que, dos años después, iban a ser los propios norteamericanos quienes ayudasen a sus enemigos a derrocarlo y darle la muerte?

Precisamente aquel antecedente ha contenido ahora mucho al ejército vietnamita, que hubiese dado antes su golpe de estado contra Diem. Ha sido necesario que el propio secretario de Defensa, general MacNamara, volase a Saigón y se pusiera en contacto con los jefes militares, y que el antiguo embajador americano Frederick E. Nolting, Jr., amigo y defensor de Diem, fuese sustituido por Cabot Lodge. No quiero decir, naturalmente, que MacNamara y Cabot Lodge hayan preparado la revolución militar del Vietnam. Esta ha sido obra del C. I. A., el poderoso servicio de espionaje y contraespionaje americano; pero los dos políticos de los Estados Unidos han tenido personalmente que convencer a los militares, que ahora forman el nuevo Gobierno, de que Diem había perdido ya la gracia y el poderoso apoyo.

La dama-dragón, la señora Nhu, ha paseado su máscara trágica estos días por las televisiones de todo el mundo y ha denunciado la «diabólica conspiración» que se estaba tramando contra su poderosa familia. Quizá no encontró más comprensión que en la Francia degaullista. El propio general, a través de unas sorprendentes declaraciones de su ministro de Información, Alain Peyrefitte, insinuó algo que podría parecerse a la posibilidad de que Francia sustituyese a Estados Unidos en la ayuda al Vietnam y a la familia Diem. El caso no mereció más que algunas caricaturas en los periódicos americanos. La suerte de los Nhu y de los Diem estaba echada. La propaganda de la señora Nhu era infinitamente menor que la de los bonzos quemados vivos en señal de protesta.

Y ahora, ¿cuál va a ser el destino del Vietnam? No olvidemos que el comunismo, allí, es algo más que el fantasma de la propaganda hecha por los especialistas americanos en todo el mundo: es una realidad instalada al norte del país. Es indudable que, en estos momentos, la nueva Junta Militar que ha tomado el poder en Saigón es tan anticomunista como Diem, sólo que más eficaz, según cree el Pentágono, que la trágica familia. Más eficaz porque su forma pueda ser más democrática, porque pueda producir menor reacción contraria en el pueblo vietnamita.

Sin embargo, hay quien cree que la acción política americana ha sido, también esta vez, demasiado tardía y que ya las cosas no tienen remedio. Quien lo cree es alguien cuyas opiniones tienen mucha importancia en aquella zona del mundo, el príncipe Norodom Sihanuk, jefe del Estado de Cambodia (uno de los Estados asociados de la antigua Indochina francesa, de la que surgió también el Vietnam), quien dice: «No veo más salida para el Vietnam que el comunismo». Escritas estas líneas antes del golpe de estado, Norodom Sihanuk preveía ya que los Estados Unidos reemplazasen al Gobierno Diem por otro de estructura más liberal, pero aseguraba que «no habría compromiso posible sin una evacuación sin condiciones de todo el territorio por las fuerzas americanas». Esta evacuación, a su vez, no sería posible sin la instalación de un Gobierno neutralista, que podría durar poco tiempo... «El destino del Vietnam —decla— me parece ya decidido. El de mi país también, desde luego, algún tiempo después. Por lo menos habremos tenido el débil consuelo de haber advertido a Occidente.»